

Entre el dolor y la solidaridad

Relato de una experiencia

ALFREDO INFANTE



El dolor

Aunque para todas las víctimas la tragedia supuso despojo y sufrimiento, el dolor en esta experiencia cobró en cada persona su propio matiz, su color. El lodo no sólo sepultó casas, cosas y personas, sino también sueños, relaciones, trabajo, conflictos, dolores viejos, esperanzas y amores, que en cada sujeto poseían su propia particularidad, quedando en muchos una herida, una pregunta abierta que requerirá de tiempo y camino para cicatrizar. Los testimonios hablan por sí solos:

Con el tabaco en la boca, contemplaba el humo, y con un dejo reflexivo en su rostro, me decía: "Desde que llegué de Canarias, no he hecho otra cosa que gastar mi vida para llegar a tener lo que tenía, y de la noche a la mañana lo he perdido todo -silencio reflexivo- ¡Es hora de cambiar de vida!, me pondré en manos de mis hijos, allá en Cumaná".

"Mi marido ha desaparecido y no quiero que aparezca ese... de... -decía ella con su rostro prematuramente envejecido y cargado de rencor- nos maltrataba a mí y a mis hijos, no teníamos vida al lado de él, amenazaba con matarme si lo dejaba. Sé que no es bueno sentir

lo que siento, pero no quiero verle más, ¡deseo recomenzar la vida!".

"Y pasamos dos noches en la terraza de un edificio rezando, rezando. Todo lo habíamos perdido y nos aferrábamos a la vida. Dios era lo único que nos quedaba. Seguía lloviendo y seguíamos rezando, hasta que un helicóptero nos rescató".

"¿Por qué tuvo que pasarnos esto a nosotros? ¿por qué? No entiendo, tantos... de... que hay ¿por qué a nosotros?"

"¿Y qué va a pasar ahora con mis hijos, Padre? ¿Cuál será el futuro? ¡Dígame algo Padre!" -silencio-.

Después de tomar distancia del asunto, en silencio me pregunté "¿y ahora qué? No sé, no sé"

Cada cabeza es un mundo, decimos en criollo, y la tragedia en cada cabeza, en cada ser, ha tenido su propia concreción. Por eso, aunque las salidas tienen que ser colectivas, no pueden descuidar lo concreto y personal. Esto es lo más complejo, pero es aquí donde nos jugamos que los proyectos de reconstrucción lleguen a ser realmente dignificadores. Sin una participación activa de los afectados, estaríamos yendo por un camino falso. Hoy la vida de

muchos venezolanos, y tal vez del país, se expresa en un antes y un después de la tragedia, ¿será posible resurgir?

La solidaridad

Ante la tragedia, todos los venezolanos nos conmovimos y ofrecimos nuestra solidaridad para con las víctimas. La solidaridad se desplegó en su doble movimiento receptividad-donación. La receptividad-hospitalidad se expresó en el abrir puertas de escuelas, iglesias, casas, instalaciones deportivas y militares. La donación-entrega consistió en ofrecer aquello que se poseía ropa, comida, medicinas, y en muchos se concretó en dar lo mejor de sí, su voluntad, su tiempo, oraciones, su servicio profesional y, en no pocos, su propia vida. La hospitalidad y la donación, dos notas constitutivas de nuestra cultura, opacadas muchas veces por el darwinismo social y las valoraciones de esta aldea global, se revelaron como lo mejor de nosotros mismo, dando vida a las víctimas.

La asunción de lo público, tan ausente en la dinámica cotidiana de nuestra vida, fue un hecho. Se actuó, tanto personal como institucionalmente, por



una causa común, trascendiendo ideologías e intereses partidistas. En pocos días se logró articular al empresariado, la Iglesia y a las estructuras organizativas de base. No dudo que en medio de todo, hubo quienes quisieron afirmar su liderazgo personal o cierto protagonismo institucional, pero afirmar que esto fue lo predominante, sería negarnos a reconocer nuestras virtudes como cuerpo social y cerrarnos a pensar que es posible transformarnos desde dentro. Lo que aconteció desde nosotros y entre nosotros durante estos días, tenemos que contemplarlo como un sacramental que nos revela hacia donde debemos ir como cuerpo social.

El impacto del hecho, su fuerza, suscitó a primeras una respuesta colectiva donde todos querían tener un espacio, un lugar. Algunos niños llegaban a nuestras puertas entregando su ropa, algunas mujeres, desde muy temprano, llegaban con el cafecito. El deseo de querer salvar al otro, de dar razón del hermano, se fue convirtiendo en una energía que necesitaba ser encausada, y allí, donde existía un mínimo de organización comunitaria, esta corriente de voluntades encontró su cauce,

estructurándose como respuesta adecuada y dignificadora, desde la que se supieron aprovechar los recursos humanos y materiales. La eficiencia del Colegio San Ignacio, como centro de acopio y distribución, radicó en su amplia red de contactos, tanto a nivel del empresariado como a nivel de base, desde la que se atendieron centros en la periferia que corrían el riesgo por su ubicación, de quedar excluidos.

Desde la Parroquia Jesús Obrero, dimos una respuesta eficaz. La clave: años de camino de las comunidades cristianas, movimientos apostólicos, grupos, todo esto sumado a una larga presencia educativa en la zona. Ante el hecho, toda esta estructura se activó canalizando recursos y voluntades. Iniciamos nuestra labor, siendo un centro de acopio de ropa, comida, medicina, para apoyar a la gente de Catuche. El mismo 16 en la noche, se nos pidió atender 200 damnificados, esto supuso rearmar nuestra organización para responder a esta nueva situación. De inmediato organizamos la cocina con su despensa, almacén de ropa, papelería y artículos de higiene, enfermería con su ambulancia, sala de atención psicológica y pastoral, portería, equipo de recepción, el centro de procesamiento de datos y la coordinación general.

Todos los voluntarios eran personas de una u otra forma vinculados a la parroquia o al colegio. Del 16 al 29 de diciembre, pasaron por nuestras instalaciones unas 1000 personas, divididas en grupos de 200. Durante estos días nos propusimos estructurar la vida interna dándole ritmo a la cotidianidad, garantizar un mínimo de normalidad en medio de tanta anormalidad para ofrecer con esto un cierto piso de seguridad, lo prioritario fue el acompañamiento psicológico y pastoral, los espacios recreativos, de trabajo y organización con la participación de los propios damnificados. A lo largo de este tiempo, fuimos perfeccionando nuestra respuesta, diariamente nos reuníamos una hora para evaluar nuestro proceso, llegando a contar con 90 voluntarios, organizados en equipos rotativos, regidos por unas normas mínimas de funcionamiento.

En el camino se fue generando un clima de hogar, la gente misma lo confirmó con su experiencia: "gracias, qué suerte la mía haber estado aquí", "el primer día había mucho silencio, hoy los niños están jugando en el patio, es

buena señal", "gracias por escucharme", "nunca había experimentado tanto calor humano como aquí".

Los profesionales estaban a gusto porque se dedicaron a hacer su trabajo: "aquí sí se puede trabajar, en otros lugares es tal la desorganización que nuestro trabajo profesional es desaprovechado", "ha sido una experiencia de trabajo en equipo estupenda", "me he reencontrado con la iglesia". Los miembros de la casa militar, coordinados por el sargento Pacheco, miembro de nuestra comunidad cristiana, estuvieron a la altura, dando su valiosa colaboración y revelando su calidad humana. El sargento Pacheco resumía, después de la misa y cena navideña, su experiencia: "Que grandes cosas podemos hacer cuando trabajamos mancomunadamente por los que nos necesitan, esto me da mucha paz".

A modo de conclusión, esta experiencia nos anima a continuar el trabajo pequeño y silencioso que va tejiendo una estructura comunitaria y constituyendo personas que, a la hora de afrontar este tipo de situaciones, saben dar razón de su experiencia y son canalizadores de la buena voluntad que derrocha el venezolano común.

En medio de todo me quedan grandes preguntas: ¿Cómo mantener esta sensibilidad después del primer impacto? ¿Cómo articular todas estas voluntades de una forma más sistemática y de largo plazo? ¿Cómo iniciar un proceso de dignificación de las víctimas en la que ellos se sientan realmente involucrados? Si acertamos en el modo, podremos salir fortalecidos como sujeto social, y nuestra solidaridad tendrá la virtud de transformar el dolor en vida digna.

ALFREDO INFANTE

Jesuita y miembro del Servicio jesuita a Refugiados
